

G.E.R. LLOYD. *Cognitive Variations. Reflections on the Unity and Diversity of the Human Mind*, Clarendon, 2006.

*Julio Cesar Armero*

Uno de los problemas que principalmente han interesado a Lloyd es el de si los seres humanos pertenecientes a diferentes culturas tienen o no las mismas capacidades cognitivas. En numerosos estudios sociales y filosóficos se tiene lista una respuesta a la cuestión que no se aprovecha de lo que en varias disciplinas se ha investigado que pueda ser revelador. Lloyd se ocupa de las variaciones individuales y colectivas en la percepción del color, el conocimiento espacial, las clasificaciones, las emociones, las ideas sobre la salud, la causalidad, el yo y la responsabilidad. Hace una revisión muy extensa de las aportaciones que varias áreas de la investigación hacen a los factores que afectan o subyacen a la mente, y cada capítulo se inaugura con la presentación de la biología de los procesos mentales que trata, sigue con un examen de lo que la psicología tiene que decir, después recoge estudios y doctrinas antropológicas y acaba con consideraciones comparativas sobre las culturas griega y china. En algunos de los capítulos se detiene a ver el otro lado de actividad cognitiva, el mundo que es representado y consigue atribuir diferencias lingüísticas y de los sistemas de creencias a lo que llama «la multidimensionalidad de los fenómenos» externos, que permite que diferentes culturas estén interesadas en diferentes aspectos del mundo exterior. Lo que pretende conseguir es mostrar lo que se ha avanzado en la gran cuestión de la unidad y la diversidad de la mente humana, pero haciendo ver que este gran tema abarca una variedad de cuestiones distintas, y esta precisión la consigue mediante el análisis de las posiciones implicadas y de la información empírica de que se dispone, muchas veces en fase de elaboración y sujeta a polémicas.

El libro comienza por los capítulos en los que las aportaciones de la biología son más claras y determinantes y en los que mejor se sabe cuáles son las propiedades del mundo externo a las que se enfrenta la modalidad mental correspondiente, y avanza hacia los temas en los que la socialización y el lenguaje tienen mayor papel, como el concepto de naturaleza o de razón.

En cada uno de los capítulos de tema cognitivo emplea Lloyd dos tipos de argumentos que explicarían la variabilidad de los sistemas de creencias y de conceptualización sin comprometer necesariamente la unidad de los procesos mentales básicos. Un argumento es el de la multidimensionalidad, que por ejemplo, en el caso del color, no es tenida en cuenta por los experimentos de Berlin y Kay, quienes supusieron que las respuestas de sus informantes debían interpretarse en términos de tono, y no de las otras dimensiones de la luz. Mientras que sobre las propiedades físicas responsables del color son conocidas y definidas, en el terreno de las clasificaciones del mundo animal y vegetal es mucho más difícil sostener el universalismo, como hace Atran. Además de que la noción de especie sea discutida, por encima de ella, se podría añadir, los niveles taxonómicos no son homogéneos, y es difícil decir que hay un tipo de taxonomía de sentido común subyacente a todas las taxonomías *folk*. El otro argumento hace notar que en la cultura griega y en la china, tanto como en la nuestra, era corriente que hubiera individuos que propusieran doctrinas y conceptualizaciones originales. El determinismo lingüístico de Whorf se encuentra refutado por ejemplos como éste, aunque una versión más débil que defienda una influencia del lenguaje en la identificación de colores es incuestionable. Incluso la cultura puede esconder diferencias individuales a nivel fisiológico que podrían ser muy importantes, tanto en el caso de la discriminación de los colores, como en otras capacidades mentales.

Además de a la multidimensionalidad de los fenómenos, saca Lloyd mucho partido a las dimensiones pragmáticas en que tienen lugar los experimentos. En la metodología de algunos experimentos sobre diversidad y unidad encuentra Lloyd presuposiciones que ponen en cuestión el resultado pretendido. Los sujetos de los famosos experimentos de Luria en Uzbekistán muchas veces dan una conclusión incorrecta o no dan ninguna para los silogismos propuestos, pero según Lloyd eso se podía deber muy probablemente a que los sujetos eran más fieles a las reglas corrientes de la conversación que el experimentador, quien ofrecía un contexto pragmático inaudito para el uzbeko.

La discusión de la unidad de la mente se vuelve especialmente problemática cuando se trata de las emociones. El estudio fisiológico y químico de las emociones deja amplio margen para la variabilidad en la conceptualización social de las mismas y la manera como los valores de la cultura están involucrados en su definición. Aquí, como en otros terrenos de la mente, las experiencias que pue-

de un ser humano tener van más allá de lo que el lenguaje conceptualiza, pero esta conceptualización es capital.

Más lo es en las cuestiones de la identidad personal, la responsabilidad y la causalidad. La ciencia más básica que se ocupa de ellas es la psicología evolutiva, pero Lloyd objeta el significado para la cuestión de la universalidad de los trabajos surgidos en esta área, porque la mayoría se centraron en sujetos occidentales, y porque cuando los sujetos no eran occidentales, la situación experimental era demasiado artificiosa como para no perturbarlos.

Entre los intérpretes contemporáneos del pensamiento griego antiguo, es especialmente crítico con Snell, quien mantenía que los héroes homéricos no tenían una mente unificada y generadora de sus acciones. Lloyd lee que según Snell los héroes carecían de un yo. Los ejemplos que aduce Lloyd muestran que en efecto es Odiseo quien retiene su corazón, y Agamenón quien ofrece una compensación a Aquiles. Eso demostraría que tenían un concepto de persona. Entre los griegos posteriores hubo muchas divergencias sobre el análisis de la causalidad, y la relación entre ésta y la responsabilidad, así como diferentes doctrinas del alma. Estas divergencias, motivadas por las diferencias de valores y doctrinas morales, son identificadas por Lloyd como contraejemplos a la idea de prisión del marco conceptual que se aprecia en algunas tendencias sociológicas y filosóficas.

La manera como está ordenado el libro se atiene a una de las posibles consecuencias de la oposición entre cultura y naturaleza, puesto que los aspectos más universales de la mentalidad humana serían los que caen mejor del lado de la naturaleza. Pero Lloyd pone en tela de juicio la universalidad de la distinción y traza, recurriendo a anteriores trabajos suyos, una historia de la distinción entre *physis* y *nomos*. Sobre la significación universal de la distinción Lloyd se extiende hablando de los trabajos de Descola y de Viveiros de Castro acerca de los tipos de ontologías que se pueden encontrar. La cuestión general que plantea a estas clasificaciones de las ontologías se refiere a si son inconmensurables y cómo es posible entender desde una las otras. Una de las vías que Lloyd encuentra para comprender una ontología ajena es aprovechar las cabezas de puente que proporciona el discurso ordinario y reunir las creencias más mundanas con las más problemáticas para intentar generalizar acerca de las categorías ontológicas subyacentes, algo así como entender el vocabulario teórico de la ciencia a través de

sus redes de conexiones con el vocabulario previamente entendido. Además, es provechoso tener en cuenta el grado de compromiso con la creencia, los valores asociados a ella, los contextos en que se la formula y quién lo hace, el respeto que se concede a éste, etc. Todas éstas consideraciones que no se encuentran en el llamado «principio de caridad» ni en muchas discusiones de la inconmensurabilidad.

El papel que da Lloyd a las conexiones entre creencias extraordinarias y creencias comunes es semejante a la distinción que hace Horton entre el sistema primario y sistema secundario, y tiene una función semejante cuando enfrenta a Lévy-Bruhl con la paradoja de que sus pre-lógicos primitivos no podrían sobrevivir en sus entornos, porque en ellos se encuentran con problemas cuya solución exige habilidad e inteligencia, y estas requieren alguna capacidad lógica básica.

El medio físico y biológico tiene dos funciones limitadoras sobre las variaciones cognitivas: darnos a todos los seres humanos una dotación semejante y luego exigir de nosotros un mismo tipo de inteligencia básica. Entre estos dos límites tienen lugar las variaciones culturalmente determinadas y entre éstas la creación o la variación individual.

El libro no queda en esto, sino que es la obra de un viejo científico y un sabio que además de su trabajo sistemático se permite esparcir aquí y allá observaciones a la vez distantes y comprometidas, irónicas o amargas sobre nuestra cultura. De manera que si hubiera una respuesta final en favor de la unidad de la mente humana, el paradigma de ésta no sería ciertamente la cultura en que vivimos.